

ensayos

LA TENTACIÓN DE LA UTOPIÍA

Rolando Luque Mogrovejo

Hay una frase que los jóvenes revoltosos de mayo del 68 repetían en calles y plazas de París, ajenos quizá a las peligrosas implicancias de su significado: «seamos realistas pidamos lo imposible». Es probable que el deseo original de esta frase fuera el de dramatizar en el escenario público, apelando a la paradoja de asignarle concreción a la dimensión ilimitada de sus sueños políticos y culturales. Sin duda, un clamor válido en medio de la coreografía libertaria de entonces. Pero, puesta en la historia, la frase resume, con increíble precisión, el ideario inquietante de cualquier utopía. Mario Vargas Llosa publicó el año pasado *La tentación de lo imposible*, un agudo ensayo sobre la gran novela de Víctor Hugo, *Los miserables*. En este libro, reseña los temores de Lamartine frente a una novela que considera «exagerada, truculenta, llena de quimeras sociales y políticas» y, por consiguiente —continúa Lamartine—:

[...] la más terrible y la más homicida de las pasiones que se puede infundir a las masas, es la pasión de lo imposible. Porque todo es imposible en las aspiraciones de *Los miserables*, y la primera de esas imposibilidades es la desaparición de todas nuestras miserias.¹

¹ Vargas Llosa, Mario, *La tentación de lo imposible*, Alfaguara, Madrid, 2004, p. 214.

LA TENTACIÓN DE LA UTOPIA

Desde épocas muy antiguas, lo imposible ha sido usado como un señuelo para acicatear el ánimo. Pero, cuando se transforma en una meta pretendidamente alcanzable, se suele perder el sentido de las proporciones humanas. El sujeto, entonces, deja de ser histórico y, por ende, perecible, y un delirio de inmortalidad se apodera de él. Los ideales se convierten en obsesiones y es cuando la humanidad desciende al infierno de la «perfección». Dicho esto en términos de Hölderlin:

Lo que ha hecho siempre del estado un infierno en la tierra es, precisamente, la tentativa del hombre de convertirlo en un paraíso.²

La utopía está asociada a la tragedia —aquí, tragedia no tiene el sentido del teatro griego ni de «sentimiento trágico», como en Nietzsche o Unamuno, sino sólo como acontecimiento fatal o padecimiento grave—, cuando abandona el hábitat de las ideas y se proyecta a lo real. La especie humana, aún hoy con siglos de racionalidad encima, no está a salvo de las utopías y de los utopistas. La propia racionalidad puede volverse utópica cuando excluye o menosprecia otras formas de aproximación al mundo.

La democracia, la globalización y los derechos humanos son los paradigmas contemporáneos más asentados en Occidente. ¿Están libres de utopismos? Este breve ensayo nos acerca al sentido de la utopía, a su temible transformación en proyectos políticos, y al papel que la democracia juega con ella o contra ella.

1. LO UTÓPICO Y LO UNIVERSAL

Lo primero que se dice de la utopía es que no está en ningún lugar. «Ou» significa no y «topos» lugar, en griego. Y, efectivamente, Tomás Moro concibió una isla de ensueño en la que la gente vivía dentro de una colectividad de costumbres perfectas, de acuerdo a planes muy estrictos y muy racionales de trabajo. Así, en 1516, nació *Utopía*, el libro que da origen a la palabra, aunque no al género, que tiene realmente grandes predecesores.

«Utopía» alude —como ya mencioné— a una sociedad perfecta; y «utópico», a todo ideal que se supone extremadamente deseable. La función de la utopía es, entonces, «proyectar la imaginación fuera de lo

² Sartori, Giovanni, *¿Qué es la democracia?*, Taurus, Argentina, 2003, p. 67.

ROLANDO LUQUE MOGROVEJO

real, en otro lugar que es también ningún lugar».³ Pero, a la vez, es un ejercicio que plantea un mundo alternativo, radicalmente distinto del real, del que termina siendo su más feroz crítico. La utopía no se resigna al texto, no quiere acabar confinada al mundo de la ficción como una construcción literaria más, sino que tiene pretensiones de realidad. La utopía es una propuesta: he ahí lo escalofriante.

Ciertamente, hay utopías literarias que son extraordinarias llamadas de atención al género humano respecto de la chatura de su condición. O, como diría Vargas Llosa, aludiendo a *Los miserables*, se trata de una novela subversiva

[...] porque los mundos bellos e ideales, en que una ficción lograda transporta a los lectores, revelan a éstos, a contrapelo, las imperfecciones del mundo en el que viven y los enfrentan a esta evidencia: que la vida 'real' es pequeña y miserable en comparación con las espléndidas realidades que construyen las ficciones logradas, en las que la belleza de la palabra, la elegancia de la construcción y lo efectivo de las técnicas hacen que incluso lo más feo, bajo y vil resplandezca como logro artístico.⁴

No obstante, hay que decir que en estos casos las ficciones se viven como realidades, mientras duran. La conciencia de la ficción evita que el lector se extravíe en una novela buscando en ella claves para la acción política o modelos de sociedad que asentar sobre la tierra. Ninguna novela trae un plan de vida que llevar a la práctica, aunque sí puede despertar los ideales y erosionar los sistemas opresivos.

De manera que una cosa son los «utopismos» presentes en la literatura o los ideales que impulsan las hazañas de sus personajes, y otra la utopía como proyecto total y sustituto de la realidad, en busca de un lugar donde materializarse. La utopía, mientras se fragua, se coloca fuera de la realidad y, desde allí, abriendo el campo de lo posible, edifica un mundo contrastante con el real. Este ejercicio de imaginación —descomunal y esperanzador— sería inofensivo, si no pasara de «ningún lugar» a «algún lugar», y luego a «todos los lugares».

Las utopías sociales y políticas no han nacido para ser contempladas como maquetas de mundos perfectos. Las utopías tienen hambre de realidad, no están hechas para ser leídas o soñadas, sino vividas en toda su extensión y su rigor. El no estar en ningún lado les da el máximo de alcance universal. Toda utopía es universalista *per se*. Está hecha con

³ Ricoeur, Paul, *Del texto a la acción*, Gedisa, Barcelona, 1994, p. 357.

LA TENTACIÓN DE LA UTOPIÍA

los materiales de su tiempo porque ningún ser humano escapa a esta contingencia, pero no se queda en su tiempo ni en su lugar, sino que trasciende a todos los tiempos —ucronía— y todos los lugares, lo que equivale a estar en «ningún lugar».

Al postularse a sí misma como el modelo de vida perfecta, toma distancia de las realidades pequeñas y concretas, elevándose por sobre el devenir histórico y las diversidades culturales. Si bien las utopías clásicas se arraigaban en islas remotas, sus proyectos, hechos de verdades incommovibles, aspiraban a reinar en todo el mundo.

Fernando Ainsa, en *La reconstrucción de la utopía*, agrega, como rasgos distintivos de la utopía, a la autarquía, la planificación urbanística y la reglamentación. Efectivamente, la mayoría de los proyectos propugnan la autosuficiencia, y son contrarios al comercio y a la interdependencia. Diseñan ciudades ideales, con una representación geométrica asociada a su concepción del mundo —organizan «la armonía social a través de una teoría integral en la cual están previstos todos los aspectos de la vida colectiva y privada»— y a la formulación de un sistema en el cual los problemas se han resuelto para siempre⁵.

Claro, nunca lo logran y terminan delatándose a sí mismas como proyectos, a menudo, toscos.

La *Utopía* de Moro, como casi todas las otras, abunda en rasgos totalitarios y cínicos planteamientos de política exterior (contra los otros países, los utopistas recurren al soborno y al asesinato político, lo que nos recuerda que Moro es contemporáneo de Maquiavelo) aún más explícitos, si cabe, en otra obra del mismo género, *La ciudad del sol*, del dominico Tommaso Campanella. Fue éste un espíritu mucho más revolucionario que Moro, que soñó *more milenario* con el fin de la desigualdad y la explotación en una república universal de la que no faltan planteamientos autoritarios que hoy, ya algo más curtidos en materia de utopías, no dejan de escalofriarnos⁶.

Igualmente, una idea de lo bueno y de lo verdadero subyace a las utopías. No la discuten ni la demuestran, están hechas de ella. Funcionan

⁴ *Op. cit.*, p. 221.

⁵ Ainsa, Fernando, *La reconstrucción de la utopía*, Ediciones del Sol, Buenos Aires, 1999, pp. 23, 24 y 25.

⁶ Savater, Fernando y Luis Antonio de Villena, *Heterodoxias y contracultura*, Montesinos, Barcelona, 1982, p. 26.

ROLANDO LUQUE MOGROVEJO

como presupuestos teóricos que se dan por descontados y de ellos más bien se derivan, en definitiva, los postulados de la vida perfecta. Esta acriticidad convierte a las ideas estructurantes de la utopía en dogmáticas: la perfección no se discute, se busca. Aunque lo más temible de esto no es el dogma en sí mismo, sino la mentalidad y la acción dogmáticas.

Como vemos,

La lógica de la utopía se convierte, entonces, en una lógica del todo o nada, que conduce a unos a huir hacia la escritura, a otros a encerrarse en la nostalgia del paraíso perdido, y a otros a matar sin discriminación.⁷

Ricoeur —comentando a Mannhein— dice que en el mismo momento que la utopía engendra poderes, anuncia tiranías futuras que corren el riesgo de ser peores que las que quiere derribar. «La utopía nos hace dar un salto hacia otro lugar, con todos los riesgos de un discurso loco y eventualmente sanguinario».⁸

2. LAS UTOPIÁS EN ACCIÓN

Hay quienes piensan que las utopías son una expresión de la esperanza. Si sólo expresaran insatisfacción y deseo de mundos mejores no habría problema. El ser humano se autoestimula creando universos paralelos y alcanzando en la imaginación lo que no logra en la vida real. La utopía entendida así tiene una ubicación y una utilidad que no nos hace perder sentido de realidad.

Sin embargo, con las utopías más nos vale dormir con «un ojo abierto» porque no han nacido para ser sólo imaginadas, sino para seducir las mentes, de tal modo que en el momento menos pensado se convierten en programas de acción. Desde *La República* de Platón hasta la *Utopía moderna* de Wells, los urdidores de utopías no siempre han sido concientes de lo inalcanzable de sus proyectos.

En esta parte conviene reafirmar que las utopías de las que hablamos tienen una idea del poder. Sin embargo, es importante distinguir el poder tal y como es entendido y usado dentro de la utopía, con sus jerarquías, sus procedimientos y sus fines, del poder que los autores y seguidores de las utopías ejercen en la vida real.

⁷ *Ibid.*, p. 359.

⁸ *Ibid.*, p. 359.

LA TENTACIÓN DE LA UTOPIA

No olvidemos que una utopía es una construcción sin resistencias, que florece plenamente en el vacío, sin las miserias de lo cotidiano. Pero, cuando se proyecta a la realidad, desnuda su incompetencia. Su problema no es sólo la suma de imposibilidades de que está hecha, sino la estrategia de poder que tendrá que poner en marcha en un terreno que no es el suyo.

La *praxis* de los utopistas choca, en primera instancia, con las limitaciones humanas —con frecuencia, infranqueables—, por lo que su primera crisis es siempre metodológica. Nunca es la utopía la que falla, sino la manera de alcanzarla. Los utopistas ensayan, entonces, procedimientos diversos para intentar convencer a la humanidad de las bondades de su causa. Porque a esas alturas, la utopía es ya presentada en sociedad como una causa noble que necesita adeptos para su concreción. Conseguir prosélitos no es, sin embargo, una operación racional de convencimiento, sino un llamado a adherirse sin más. Las utopías se muestran, no se demuestran. Su perfección las hace autoevidentes.

Pese a esto, es una constante en las utopías —como ya dijimos— la de sufrir tropiezos metodológicos. Sobreviene, entonces, la exasperación y, a la postre, el delirio. Los medios para instalar la utopía se autonomizan de los fines, y avanzan con su propia lógica. Cualquier sacrificio estará justificado, si se logra la redención definitiva de la especie.

Los militantes de la utopía requieren el máximo poder para realizarla y buscarán, por todos los medios, de alcanzar su objetivo. La vida humana individual empequeñece al lado de la majestad de la utopía; por tanto, instrumentalizarla con fines superiores se admite como éticamente correcto.

Las utopías terminan siendo, entonces, cruelmente pragmáticas. Tributarias de su perfección, no se detienen ante nada ni ante nadie para satisfacer al monstruo que han engendrado, y al que ceban con su fe irracional. En ese momento de su desarrollo, lo verdaderamente importante ya no es la utopía, sino el proceso histórico generado por ella. Los actores políticos y sociales organizados la han institucionalizado, y han logrado entrar en los engranajes del poder real como un competidor más.

De este modo, a lo largo del siglo XX, avanzó la utopía bolchevique, la utopía fascista, la utopía maoísta, la utopía senderista. Las otras utopías, las que se quedaron en el camino, víctimas de la indiferencia o de sus limitaciones metodológicas, sólo podrán ser criticadas desde la teoría. Las otras, las que lograron meterse en la historia, pueden ser juzgadas a la luz de sus resultados.

ROLANDO LUQUE MOGROVEJO

El utopista —dice Ainsa—, una vez en el poder se vuelve dogmático y puede labrar con facilidad la desgracia de los hombres en nombre de su científicismo y su idealismo.

Sigamos esta pauta para analizar, a continuación, el llamado pensamiento Gonzalo y el etnocacerismo. Las utopías y los pensamientos puros rompen radicalmente con su historia. «Para construir, hay que destruir» decía Abimael Guzmán, cuyo pensamiento, en un momento cumbre de su evolución, se independiza de sus antepasados y los supera históricamente. A partir de entonces, el «pensamiento Gonzalo» es entronizado, y su figura mitificada, al punto de ser el principio y fin de toda verdad. En documentos de Sendero Luminoso de 1986, se lee:

El PCP-SL ofrecía para ello, antes que nada, un discurso con pretensiones de absoluta coherencia; un gran relato totalizador. Éste, presentado como una ideología científica, ‘todopoderosa porque es verdadera’, proporcionaba una comprensión aparentemente coherente no sólo del país, sino del universo todo; un universo moral simple, en blanco y negro, que daba sentido a las vidas de los que la compartían. La culminación del gran relato totalizador era una utopía, el comunismo: ‘la sociedad de la gran armonía [...] la radical y definitiva nueva sociedad hacia la cual 15 mil millones de años de materia en movimiento, de esa parte que conocemos de la materia eterna, se enrumba necesaria e inconteniblemente [...] Única e insustituible nueva sociedad, sin explotados ni explotadores, sin oprimidos ni opresores, sin clases, sin estado, sin partidos, sin democracia, sin armas, sin guerra⁹.

No por nada, al momento de la captura de Abimael Guzmán, «la paz deviene en una necesidad histórica». Obsérvese que no son ya las leyes objetivas de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento que el viejo Marx preconizaba las que había que observar y respetar, sino la voluntad de Guzmán.

Es que la figura del ‘presidente Gonzalo’ era cuasidivina. Había, y aún hay, un vínculo religioso entre los senderistas y su jefe. En un testimonio sobre su líder, un interno de un penal limeño dice que éste

[...] colma el yo profundo, mueve el alma y encanta el espíritu; y da al individuo, como parte del conjunto, razón última de vivir.

⁹ *Hatum Willakuy*, p. 336.

LA TENTACIÓN DE LA UTOPIA

Yo como individuo no soy nada; con las masas y aplicando el pensamiento Gonzalo puedo ser un héroe; muriendo físicamente por la revolución, viviré eternamente.¹⁰

En ese marco, la vanguardia senderista convirtió su pensamiento en una suerte de religión, concibió la militancia como purificación y renacimiento, e identificó la acción revolucionaria con violencia terrorista. Dos fueron las exigencias que se les hizo a sus militantes: 1) la denominada «cuota de sangre», o disposición a morir por la revolución, que se explica claramente porque el ideal de sociedad por el que se combatía era más importante que la vida misma. Y si la revolución necesitaba muertos propios para avanzar, había que morir, y 2) «Batir el campo», es decir, arrasarlo con todo para crear vacíos de poder sobre los cuales erigir el nuevo estado.

Una frase que resume el frenesí de ese momento es:

Larga ha de ser, pero fructífera; cruenta ha de ser, pero brillante; dura ha de ser, pero vigorosa y omnipotente [...] La guerra popular comienza a barrer el viejo orden para destruirlo inevitablemente, y de lo viejo nacerá lo nuevo y, al final, como límpida ave fénix, glorioso, nacerá el comunismo para siempre.¹¹

Como se ve, la utopía senderista —luego de largas discusiones dentro de la izquierda— cobró forma propia y eligió su procedimiento para instalarse en la realidad. No lo logró, pero en la dimensión temporal de su proyecto habrá oportunidad para otros intentos. Después de todo, 70 mil muertos o un millón no son nada frente al paraíso que supuestamente nos aguarda.

De otro lado, se observa, desde hace algunos años, una utopía nacionalista en ciernes. Desde su aparición pública, el movimiento etnocacerista ha hecho uso de dos filones irracionales en el discurso político que «no tienen pierda»: 1) criticar con ferocidad el sistema y su clase política, y 2) azuzar el nacionalismo. El primero les sirve para marcar la línea que cancela una etapa de la historia y da inicio a la fulgurante redención humana que ellos representarían; y el segundo, para cohesionarse en torno a algo denominado «auténtico», «puro», «nuestro», que supuestamente los hace distintos y superiores.

Pese a tener un ideario todavía indescifrable, el etnocacerismo porta ya el virus de lo imposible. Su proyecto se sustenta en componentes de

¹⁰ *Op. cit.*, p. 157.

¹¹ *Ibid.*, p. 113.

ROLANDO LUQUE MOGROVEJO

orden étnico y racial, autárquico y militarista. Se sienten llamados a construir el segundo imperio de los incas y ya aseguran haber inclinado la balanza de la historia.

En nuestro próximo gobierno etnocacerista —dicen— la verdad brotará de los suelos, la justicia lloverá de los cielos, entre los humos del pelotón de fusilamiento bailarán y cantarán los traidores, pero al ritmo de la metralleta.¹²

A estas alturas de nuestro análisis, cabe preguntarse ¿en qué terminan los proyectos que quieren ir más allá de las limitaciones humanas? La respuesta es: en genocidios. Así de simple y trágico. Los «seres superiores», bendecidos por el pensamiento utópico, toman la historia en sus manos y eliminan de ella a los diferentes y a los indiferentes, a los opositores explícitos, a los alejados del dogma, por estar contaminados de pasado y ser, por tanto, indeseables en la nueva sociedad. Más temprano que tarde, en la realidad de la utopía, no se sabe exactamente quién es quién y terminan enfrascados en conspiraciones y muertes de unos contra otros. Así sucedió con Stalin y Mao, cada quien a su manera, pero con el mismo costo en vidas. El dogmatismo de las utopías es la negación de la tolerancia, y la intolerancia es el anticipo del crimen. A la limpieza étnica, le precede la limpieza ideológica.

La moraleja que hay que sacar de los relatos de Rieff es que los asesinos y violadores serbios no consideran que violen los derechos humanos. Porque ellos no hacen estas cosas a otros seres humanos, sino a musulmanes. Ellos no son inhumanos, sino que discriminan entre los verdaderos humanos y los seudohumanos. Se trata del mismo tipo de distinción que los cruzados hacían entre los humanos y los perros infieles, y que los musulmanes negros hacen entre los humanos y los diablos de ojos azules¹³.

Considero que hay utopías de una gran miseria conceptual que crecen en espacios de desilusión, haciendo uso de aparatos impresionistas que calan en ciertas sensibilidades. Sería un error mirarlas «por encima del hombro». Pueden transformarse en sentidos comunes difíciles de

¹² Tomado de *Nueva generación*, publicación vinculada al etnocacerismo.

¹³ Rorty, Richard, «Derechos humanos, racionalidad y sentimentalidad», en *De los derechos Humanos*, Editorial Trotta, Madrid, 1988, p. 117.

LA TENTACIÓN DE LA UTOPIA

revertir. El senderismo y el etnocacerismo —en lo que a nosotros concierne— nos recuerdan que la batalla por la democracia no está ganada. Hay fuerzas regresivas y oscurantistas que la tienen en la mira y que aprovecharán los contextos de violencia latente para sembrar sus mensajes.

Para terminar esta parte, citemos a Sartori:

Las imposibilidades utópicas, insisto, son demostrables razonando. Si aquel razonamiento está equivocado, será otro razonamiento el que lo demuestre. Pero, por caridad, no esperemos que la utopía acabe en desastre y nos arruine por aceptar que las imposibilidades existen y que son verificables *ex ante*¹⁴.

3. LA TENTACIÓN DE LA UTOPIA

El proyecto moderno fue criticado desde su gestación. Rousseau fue, sin duda, el gran heterodoxo del Siglo de las Luces y tomó distancia de lo central de ese proyecto: la hegemonía de la razón. Los enciclopedistas —enceguecidos con su prédica— procedieron, con los años, de la misma forma que la ortodoxia que habían combatido. Elevaron varias de sus ideas a la categoría de dogmas, engendrando de este modo sus propios herejes.

Sin embargo, la razón se ha dado maña para subsistir. Pese a ello, la desconfianza en sus alcances es, hoy, cada vez mayor.

Paso a paso, los criterios dirimientes asumidos por cada uno de estos jueces filosóficos —«la naturaleza humana», las «condiciones trascendentales del sujeto», el lenguaje empírico-científico, la analítica existencial, el materialismo histórico, la teoría del lenguaje ordinario, etc., etc.—, todos estos criterios han ido perdiendo credibilidad y ninguno de ellos parece ya suficiente para justificar la necesidad o la universalidad de la razón.¹⁵

No obstante, lo que acontece en la academia no necesariamente se reproduce en las realidades políticas y sociales. La muerte en cadena de los estados socialistas, y la consiguiente caída en desgracia de toda fórmula que contenga un leve rasgo de ideología marxista, ha generado

¹⁴ *Op. cit.*, p. 78.

¹⁵ Giusti, Miguel, «La crisis del ideal universalista de la razón», en *Alas y raíces. Ensayos sobre ética y modernidad*, Fondo Editorial de la PUCP, Lima, 1999, p. 24.

ROLANDO LUQUE MOGROVEJO

en la opinión pública, y en no pocos analistas políticos, erróneas inferencias.

Una de ellas es la santificación del mercado libre y del sistema democrático liberal. A ello ha contribuido el proceso intenso de globalización de los últimos años. Se ha tratado de provocar una sensación de satisfacción y de plenitud en torno a ciertas prácticas políticas. No importa, al parecer, que la realidad indique que el 20% de los pueblos de la tierra disponen del 82.7% de los ingresos mundiales, demostrando así lo lejana que está la democracia de llevar justicia e igualdad para todos. ¿No será que el mundo es más fácilmente gobernable, si compartimos paradigmas, aunque en la práctica los beneficios no estén bien distribuidos?

El actor protagónico es los Estados Unidos de Norteamérica. La idea predominante de globalización es la que pone el acento en lo económico. El Fondo Monetario Internacional señala que

[...] la globalización es la interdependencia económica creciente del conjunto de los países del mundo, provocada por el aumento del volumen y la variedad de las transacciones transfronterizas de bienes y servicios, así como de los flujos internacionales de capitales, al tiempo que la difusión acelerada y generalizada de la tecnología.¹⁶

Parece ser, entonces, que la globalización depende más de los mercados que de las decisiones de las personas, lo cual —sostiene Estefanía— pone en cuestión el concepto mismo de democracia. Simultáneamente, discurre, en paralelo, una ofensiva cultural muy fuerte, destinada a homogeneizar las sociedades nacionales. Al respecto, Rita Laura Segato, desde la antropología, observa:

Veo aquí en acción el ‘crimen perfecto’, que sustituye progresivamente las economías ‘reales’ —en los términos de Baudrillard—, locales, por la economía global bajo el régimen de la equivalencia general, como un verdadero exterminio de la experiencia de la alteridad. Identidades virtuales, programadas y producidas en escala mundial y difundidas mediáticamente, secuestran y toman el lugar de las formas históricas de ‘ser otro’.¹⁷

¹⁶ Estefanía, Joaquín, *Hij@, ¿qué es la globalización?*, Santillana Ediciones Generales, España, 2003, p. 37.

¹⁷ Segato, Rita Laura, «Identidades políticas y alteridades históricas», *Materiales de lectura del curso «Globalización y estados nacionales»*, PUCP, Lima, 2003, s/p.

LA TENTACIÓN DE LA UTOPIA

Políticamente, esto supone consagrar el sistema democrático en todo el mundo, pasando por encima de los procesos históricos particulares — «devorados por la globalización»—, y crear un centro irradiador de civilización y de verdad, como lo fueron en otros tiempos los grandes imperios. Es cuando se advierte que la democracia, con ser lo más alejado de la utopía en términos de capacidad crítica, puede ser tratada como tal.

La política exterior de los Estados Unidos ha estado asociada siempre a intervenciones directas en estados independientes, usando discursivamente el tema de la democracia y los derechos humanos. En los últimos años, los discursos de Bush hijo tienen la sinceridad o desfachatez de quien cree «tener la sartén por el mango» y no necesita ya de eufemismos para intervenir en otros países.

Lo que viene ocurriendo en Irak es un claro ejemplo de ello. Ha quedado demostrado que no tenían armas químicas ni nucleares, y que no hay, hasta ahora, manera de responsabilizarlos por lo ocurrido el 11 de setiembre. Pese a esto, bajo el concepto de guerra preventiva, se intervino militarmente provocando miles de muertes y destrucción material con el objetivo de imponer un gobierno democrático.

Es cuando uno se pregunta si es coherente con la propia democracia la idea de su imposición a sangre y fuego. No hay que olvidar que, a diferencia de otros tiempos y otros utopistas, los medios con los que se cuenta hoy para imponer un proyecto son, o pueden ser, devastadores.

4. LA DEMOCRACIA COMO ANTÍDOTO CONTRA LAS UTOPIAS

La democracia, con todas sus carencias y limitaciones, ha logrado preservar un elemento que la hace superior a cualquier otro modelo político: la crítica. Criticar, en su acepción más humilde, es hacer evidente lo negativo; a partir de lo cual, algo sano renace. La crítica revela libertad de conciencia y opinión e interés cognoscitivo. Por eso, el sistema democrático tiene válvulas de salida que garantizan su oxigenación. La constitución prevé su propia reforma, el poder puede ser controlado, y los individuos y los grupos pueden generar corrientes de opinión capaces de subvertir los órdenes políticos.

Esta capacidad de autocorregirse y autoremozarse que tiene la democracia se la debe a la crítica. El pensamiento crítico y creativo es quizá la herramienta más valiosa del mundo moderno. No sólo es una operación constructiva por medio de la cual ingresa al mundo una nueva entidad,

ROLANDO LUQUE MOGROVEJO

sino que hurga en los fundamentos de las creencias últimas del hombre, de modo tal que las raíces de la existencia humana queden al descubierto y sean de dominio público.

La crítica mantiene activada una corrosiva duda frente a las teorías señaladas como vigentes, desacraliza los códigos morales y la institucionalidad religiosa, entrevé con suspicacia el poder, y desenmascara las costumbres. El objetivo es que nada debe permanecer en el misterio porque de entre las sombras de la ignorancia, surge siempre el poder arbitrario de alguien. La historia contemporánea ha demostrado, de manera dramática, que las sociedades que no son capaces de subvertir sus órdenes terminan por colapsar.

La democracia debe su pervivencia a la crítica y al reconocimiento de su imperfección. Los humanos —criaturas limitadas y defectuosas— se acomodan mejor dentro de un sistema que no se nutre de absolutos y que no tiene verdades establecidas de antemano, sino que trata de construirlas, siendo conciente de sus debilidades.

La democracia es duda, ensayo y error, y es renovación constante. En este esfuerzo, termina siendo convocante, más no imponente. En consecuencia, no le hace ningún favor a la democracia ser tratada como pensamiento único, y menos sembrar muerte y destrucción en su nombre.

bibliografía

AINSA, Fernando

1999 *La reconstrucción de la utopía*, Ediciones del Sol, Buenos Aires.

ESTEFANÍA, Joaquín

2003 *Hij@, ¿qué es la globalización?*, Santillana Ediciones Generales, España.

GIUSTI, Miguel

1999 *Alas y raíces. Ensayos sobre ética y modernidad*, Fondo Editorial de la PUCP, Lima.

LUKES, Steven y otros

1998 *De los derechos humanos*, Editorial Trotta, Madrid.

MANNHEIN, Karl

1987 *Ideología y utopía*, FCE, México.

REZLER, André

1984 *Mitos políticos modernos*, FCE, México.

RICOEUR, Paul

1994 *Ideología y utopía*, Gedisa, Barcelona.

2000 *Del texto a la acción*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

SAVATER, Fernando y Luis Antonio de Villena

1982 *Heterodoxias y contracultura*, Montesinos, Barcelona.

SEGATO, Rita Laura

2003 «Identidades políticas y alteridades históricas» (Materiales de lectura del curso «Globalización y estados nacionales» de la profesora Rosa Alayza).

ROLANDO LUQUE MOGROVEJO

SARTORI, Giovanni

2003 *¿Qué es la democracia?*, Taurus, Argentina.

SIPERMAN, Arnoldo

2000 *Una apuesta por la libertad. Isaiah Berlin y el pensamiento trágico*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires.

VARGAS LLOSA, Mario

2004 *La tentación de lo imposible*, Alfaguara, Madrid.